

## LA VISIÓN DEL NUEVO MUNDO EN LA LITERATURA CLÁSICA

---

«*Ecce enim ego creo caelos novos, et terram novam.*»

(ISAÍAS, LXV, 17.)

El arte y la literatura, por propia naturaleza y misión esencialmente comunicativas, contribuyen, quizá mucho más que la misma ciencia, a difundir y popularizar hipótesis, principios y verdades de carácter científico.

Son prueba luminosa de ello, los versos, tan justamente célebres, del primer coro de la *Medea* de Séneca, admirable vaticinio del futuro descubrimiento del Nuevo Mundo :

*Venient annis saecula seris,  
quibus Oceanus vincula rerum  
laxet, et ingens pateat Tellus :  
novosque Tiphys detegat orbes,  
nec sit terris ultima Thule.*

(Vers. 375-379.)

Virgilio, en las *Geórgicas* (I, 30), había llamado, antonomásticamente, *ultima Thule* a esa isla silenciosa y helada que Piteas de Marsella (siglo IV, a. C.) descubrió y reconoció, y a la que algunos geógrafos modernos han identificado con la de Islandia, otros con Noruega y otros, tal vez con mayor razón, con una de las islas Shetland, *Mailand* la mayor de ellas.

Entre los romanos, como es sabido, fué Julio Agrícola, el integérrimo y glorioso suegro del historiógrafo Tácito, el que pri-

mero la divisó desde su nave en un viaje de circunnavegación de la flota romana alrededor de la *Britannia* y durante su triunfal expedición militar que ahí cumpliera por orden del emperador Domiciano entre los años 78 y 85 de Cristo. La vió, según el testimonio de Tácito, cubierta de nieve y de bruma invernal: «... *dispecta est et Thule, quam hactenus nix et hiems abdebat.*» (*De vita et moribus Julii Agricola*, liber X.)

Hoy, en virtud del grandioso monumento a Colón, en Buenos Aires, el genio artístico de Arnaldo Zocchi ha logrado divulgar, estimulando la sana curiosidad del saber aun entre la gente no estudiosa de profesión, los versos de Séneca, alusivos a las nuevas tierras desconocidas y a la misteriosa *Thule* de los antiguos.

Sin la más lejana idea de invadir el campo — no mío — de los historiadores de la geografía, de Colón y del descubrimiento de América, tentaré reconstruir, sintéticamente, los antecedentes básicos y el camino o desarrollo de la idea madre de la visión colombina respecto a la esfericidad de la tierra y a la habitabilidad de los dos hemisferios, a través de las literaturas greco-latina e italiana. Hecha la salvedad y sentado el principio de que los pueblos neolatinos no tuvieron noticia, hasta muy tarde, de las exploraciones precolombinas de los normandos en el Nuevo Mundo, recordaremos, sólo de paso y por necesidad, que desde Fernando Colón, hijo del almirante y su primer historiador, todos los historiógrafos colombinos, quien más quien menos detalladamente, nos han presentado bosquejos de los conocimientos de geografía, matemática, cosmografía y latín del gran descubridor, conocimientos adquiridos especialmente durante su estada en Portugal; de sus lecturas predilectas de autores griegos, traducidos al latín, y de latinos, como de la benéfica y decisiva influencia de las dos cartas de Toscanelli, de los *Viajes* de M. Polo, de la *Imago-Mundi* del cardenal Pedro D'Ailly y de una vulgarización de Plinio, etc. De ese bagaje de informes intelectuales formaban parte, también, los precitados versos de Séneca, y ellos, a la par de los cuentos fantásticos de M. Polo, fueron fuentes de inagotables entusiasmos para el espíritu genial del nuevo y maravilloso argonauta.

Del estado del pensamiento superior de pocos sabios, en la edad inmediatamente anterior a Colón, y el nivel alcanzado por ese mismo pensamiento en la antigüedad clásica greco-latina, existe un abismo.

Entre la luz meridiana de Grecia y de Roma y el nuevo sol intelectual del Renacimiento ítalo-europeo, se extiende, como un enorme lienzo negro, la larga noche medieval. La edad media, más que un período de incubación — siéndolo solamente bajo ciertos aspectos — y de *stasis*, representa un verdadero oscurecimiento, una tétrica noche entre dos grandes y esplendorosas jornadas, una involución del espíritu humano y un pavoroso retroceso del pensamiento científico hacia la infantilidad primitiva de la concepción cosmográfica.

Naturalmente, es la era más propicia para la construcción teológica de la fe y de la teocracia católica, las que hallan finalmente su composición metafísica y dogmática más completa y más acabadamente disciplinada en las dos *Sumas* de Santo Tomás, como su palestra de acción y enseñanza en la *escolástica*.

Sin presentar ni huella del primaveral florecimiento poético de los tiempos homéricos, la sombría edad media se liga y vuelve a ellos con el agravante de lo grotesco y lo senil, en la infantilidad de la concepción cosmográfica.

La tierra, o es un disco plano, o un gran cuadrado — ocupando Jerusalén, la ciudad santa, su centro, — y a su rededor el Océano hasta el extremo límite, donde una cordillera de muros inaccesibles envuelve el universo y sostiene la bóveda del cielo.

Al norte, es imposible pasar por el frío y el hielo; al sur, por el calor y las olas del mar en ebullición a lo largo de la zona ecuatorial.

La idea de la esfericidad de la tierra, que algunos sabios recuerdan como una fantástica tradición lejana, repugna a todos, porque de ser así, los hombres del hemisferio opuesto deberían marchar con la cabeza para abajo. Luego, para llegar del occidente al oriente, no hay otro camino que el único tentado, a pesar de sus enormes peligros, o sea el de la faja templada del continente eurásico.

He aquí, ahora, cómo sería el pequeño *mapamundi* de Homero, o sea de unos mil años antes de nuestra era, si quisiéramos reconstruirlo.

La tierra, según el vate helénico, es chata y redonda; al rededor suyo corre el gran río Océano, llamado muy a menudo *padre* (idea y nombre sacados de la geografía fenicia); éste comunica con el interior de la tierra por dos canales, uno al este y otro al oeste, formando así el mar Egeo y su archipiélago.

Por encima de la tierra Homero imagina una especie de tapa a guisa de bóveda, el cielo; las estrellas son *clavos de plata* en la bóveda celeste.

Por debajo de la tierra, y a igual distancia, otra calota esférica, parecida a la primera o superior, es el Tártaro. En las entrañas terrestres se halla la morada de los muertos, el *Ades*.

El punto central de la superficie de la tierra es el monte Olimpo : también éste es un sitio sagrado, como Jerusalén para los cristianos de la edad media y el *Umbilicus Aureus* o Columna dorada en el centro del Foro romano para los latinos; pero en éstos, el orgulloso concepto geocéntrico, de acuerdo con su idiosincrasia imperialista, toma ya un carácter marcadamente político.

Saliendo de la cuenca oriental del Mediterráneo y de sus costas, los conocimientos geográficos de Homero y de su edad se vuelven completamente fabulosos y se agotan rápidamente. Pero en el mundo helénico, por lo menos, hay siempre un campo asoleado de poesía, y desde los tiempos poco posteriores a Homero, la magnífica imaginación de aquel pueblo privilegiado multiplica las ficciones sobre la forma de la tierra, y mientras unos la comparan a un cilindro, a una honda, a un timbal, a una mesa, a una pirámide, etc., otros la representan cuadrangular, cóncava, chata, cúbica, semicircular.

Thales, padre de la primera ciencia geográfica, asemejará más tarde la tierra a un *globo* que flota sobre las aguas. El concepto se acerca a una creencia de los antiguos persas, quienes imaginaban nuestro planeta como una monstruosa sandía nadando sobre la superficie del mar.

Xenófanes, cayendo en el absurdo más paradójico por no saber explicarse el estado de suspensión de la tierra en el espacio, ideó



la fábula que ella había echado profundas raíces en el seno de lo infinito.

Job, entre los hebreos, sostiene algo parecido, pues dice que la tierra descansa sobre columnas incommovibles, a las que sólo la mano de Dios, que las puso, puede sacudir (*Liber Job*, IX, 6).

Sin entrar en mayores detalles, salta a la vista de cualquier observador que en medio de esas ideas primitivas y caóticas, el concepto de la esfericidad de la tierra asoma muy a menudo en las concepciones cosmográficas más antiguas.

De cualquier manera, toca al genio griego — eminentemente especulativo, idealista y científico al mismo tiempo — la gloria de haber creado la geografía científica y de haber científicamente planteado la solución del problema de la esfericidad de la tierra.

Fué la *escuela jónica* (siglos VII y VI a. C.), escuela físico-filosófica, la iniciadora verdadera de ese movimiento científico, con su fundador glorioso Thales y los dos grandes discípulos de éste, Anaximandro y Ecateo : todos de Mileto.

A las monarquías absolutas y patriarcales suceden las repúblicas; a la poesía épica y heroica, la lírica, y casi junto con ésta nace la prosa y el tratado filosófico.

Grecia, en el apogeo de su libre expansión colonial y en contacto con tantos pueblos diferentes, prepara, juvenil y maravillosamente, la más hermosa primavera del espíritu humano en todas las variadas y brillantes investigaciones del pensamiento y en las creaciones de la fantasía.

A la par del comercio y las industrias progresan la riqueza y los conceptos de libertad y de democracia; desde Atenas se propagan y agigantan cada día más en el hervor de las luchas de clase.

Con Herodoto, no sólo padre de la historia, sino también explorador y observador genial, los límites conocidos de la tierra se ensanchan enormemente; sin embargo, hay que llegar hasta Eratóstenes de Cirene (siglo III a. C.) para comprobar un nuevo impulso grandioso en la ciencia geográfica. Pero no debe olvidarse que Eudoxio de Cnido (siglo IV a. C.) había ya enunciado por primera vez las pruebas científicas de la esfericidad de la

tierra. Fué él, quien introdujo la división del cuadrante, o sea la sección de un arco de meridiano en quince partes, entre el polo y el ecuador.

Estos breves relatos de geografía histórica me han servido, necesariamente, para abrirme camino hacia los testimonios buscados y hallados en el campo literario.

Aristóteles, no como especialista pero sí como prototipo de pensador universal, debe considerarse, después de Thales, como el sabio que mayor autoridad adquirió en el campo de la geografía.

En su tratado *Del Cielo y del Mundo* da dos pruebas rigurosas de la redondez de la tierra, y digno de toda atención es el siguiente pasaje, generalmente mal referido en las historias del descubrimiento de América :

«La tierra no solamente es redonda sino que es muy grande (1), y el mar que baña el litoral más allá de las columnas de Hércules baña también las costas vecinas de la India.»

Este gran error aristotélico, aceptado por Ptolomeo, es decir el de haber extendido enormemente las costas orientales del Asia y reducido casi a una angosta faja el único océano interpuesto, según el sumo filósofo, entre aquellas y las occidentales de Europa y África, fué para Colón, bajo la acción providencial de las cartas de Toscanelli, el estímulo más poderoso para emprender el viaje a las Indias por el camino de occidente.

En Aristóteles subsiste también el error, entonces común, de la inhabitabilidad e intransitabilidad de la zona tropical, de modo que los antípodas serían inalcanzables.

(1) En el *Compendio elemental de historia de América*, por Diego Barros Arana, página 46, se lee : «La tierra no solamente es redonda, sino que no es muy grande, etc.», alterando, por una negación interpolada, todo el concepto del pasaje aristotélico. Según los cálculos de Aristóteles, la circunferencia de la tierra sería, nada menos que de 400.000 estadios olímpicos (de 185 metros cada uno), o sea 82.000 kilómetros. Eratóstenes, a su vez, acercándose en modo sorprendente a la verdad, le asignaba 250.000 estadios egipcios (de 158 metros cada uno), o sea 39.500 kilómetros ; Posidonio de Samo, finalmente (siglo II a. C.), primero 240.000, y después 180.000 estadios egipcios. ¡ Demasiado poco ! En el alba del *Renacimiento*, Dante, como se verá en su lugar, se acercó también muchísimo a la exactitud científica moderna.

Eratóstenes, al contrario, rompe esa barrera, pues admite ya la habitabilidad de las zonas tropicales y, por ende, la posibilidad de comunicarse con los antípodas.

Este nuevo y progresivo concepto, de la habitabilidad del hemisferio austral, se afirma y difunde entre los grandes escritores de Roma.

Es inútil recordar aquí cuán inmensos confines había alcanzado el imperio romano; pero sí, hay que partir de este principio y observación de hecho, de que los latinos, mientras asimilan toda la cultura helénica y nada nuevo producen en el campo de la ciencia, sin embargo imprimen a la geografía — conforme con su genio práctico, positivo, materialista y comercial — un rumbo que responde perfectamente a su idiosincrasia utilitaria.

Los grandes y pocos geógrafos e historio-geógrafos que florecen bajo el imperio, o son griegos de origen y escriben en griego (Polibio, Estrabón, Ptolomeo), o, siendo romanos (Plinio el naturalista), cosechan de los griegos todos los elementos fundamentales de su ciencia.

Con Ptolomeo (siglo II de C.) la ciencia geográfica alcanza el grado más alto de precisión al que pudo llegar en la antigüedad y su sistema geocéntrico subsiste hasta Copérnico y Galileo.

Todos, sin excepción, admiten la esfericidad de la tierra.

Véase ahora cómo estos conceptos habían sido ya acogidos, y fácilmente popularizados más tarde, por los grandes escritores clásicos de Roma.

Cicerón, en ese maravilloso *Somnium Scipionis* que sintetiza y expone con meridiana claridad las doctrinas fundamentales de la cosmografía, astronomía y ética greco-latina, tiene los siguientes pasajes especiales sobre la esfericidad de la tierra y la posible habitabilidad del hemisferio austral :

« *Homines enim sunt hac lege generati, qui tuerentur illum globum, quem in hoc templo (el cosmos) medium vides, quae terra dicitur, iisque animus datus est ex illis sempiternis ignibus, quae sidera et stellas vocatis, quae globosae et rotundae, divinis animatae mentibus, circulos suos orbisque conficiunt celeritate mirabili.* »  
(*De Rep.*, VI, 15.)

Y luego : « *Vides habitari in terra raris et angustis in locis et*

*in ipsis quasi maculis, ubi habitatur, vastas solitudines interiectas, eosque, qui incolunt terram, non modo interruptos ita esse, ut nihil inter ipsos ab aliis ad alios manare possit, sed partim obliquos, partim transversos, partim etiam adversos (antípodas) stare vobis; a quibus expectare gloriam certe nullam potestis.» (Ib., 19.)*

Agrega también que, de las cinco zonas de la tierra, «*duo sunt habitabiles, quorum australis ille, in quo qui insistunt, adversa vobis urgent vestigia, nihil ad vestrum genus; hic autem alter subiectus aquiloni, quem incolitis, cerne quam tenui vos parte contingat. Omnis enim terra, quae colitur a vobis, angustata verticibus, lateribus latior, parva quaedam insula est circumfusa illo mari, quod Atlanticum, quod Magnum, quem Oceanum appellatis in terris, qui tamen tanto nomine quam sit parvus, vides.» (Ib., 20.)*

Por los tres pasajes reproducidos, se observa que, junto a los relámpagos de verdades vaticinadas, se mezclan y persisten viejos errores, flotantes en el *mare magnum* de las antiguas supersticiones.

El gran padre Océano de la epopeya homérica que rodea a la tierra, en forma de una isla, angosta en sus extremos y muy ancha al centro; la incomunicabilidad de los habitantes del hemisferio norte con los del sur; la única habitabilidad, en parte solamente verdadera, de las dos zonas templadas de la tierra; en fin, todo ese conjunto de verdades y de lamentables errores que pudieron ir desapareciendo lentísimamente y que, sin embargo, fueron el substrato impulsor de los grandes descubrimientos modernos, todo ha encontrado su elocuente expresión idiomática en uno de los episodios más célebres y más vulgarizados, aun en la edad media, de todas las obras filosóficas de Cicerón.

Virgilio, siguiendo en eso a los poetas griegos, pone al Estigio y a los dioses infernales bajo el polo austral y acepta la opinión, todavía muy común en sus tiempos, de la inhabitabilidad de este hemisferio meridional; sin embargo, de acuerdo con la doctrina del gran Lucrecio (*De rer. nat.*, V, 649), sospecha también lo contrario y verdadero, esto es, que la Aurora, partiendo de los habitantes de allá, trajese el día a los de esta otra parte del mundo.

La verdad, como el oro con la tierra y la arena, se halla todavía mezclada y envuelta en graves errores.

*Mundus, ut ad Scythiam Riphaeasque arduus arces  
consurgit, premitur Libyae devexus in Austros.  
Hic vertex nobis semper sublimis; at illum  
sub pedibus Styx atra videt, Manesque profundi.  
Maximus hic flexu sinuoso elabitur anguis  
circum perque duas in morem fluminis Arctos,  
Arctos Oceani metuentes aequore tingi.  
Illic, ut perhibent, aut intempesta silet nox,  
semper et obtenta densantur nocte tenebrae,  
aut redit a nobis Aurora diemque reducit:  
nosque ubi primus equis Oriens afflavit anhelis,  
illis sera rubens accendit lumina Vesper.*

(*Geórgicas*, I, 240-251.)

Los fantasmas poéticos relumbran, bajo la galanura de las formas y del estilo, en toda su belleza artística; la verdad científica asoma su cara tímida y dudosa.

Virgilio es un hijo privilegiado de las Gracias.

Y nos quedaría, por otra parte, mucho que cosechar en los tres libros *De chorographia* de Pomponio Mela, y más, y mejor aún, en la obra del más grande y enciclopédico naturalista romano, Plinio el Viejo. El segundo de su treinta y siete libros de *Naturalis Historiae* o *Historiarum Mundi*, los que sirvieron de libros de texto en las escuelas de toda la edad media, tiene varios capítulos (los LXIII-LXVIII y el CXII) dedicados a la naturaleza de la tierra, a su forma, a la existencia de los antípodas, a la posición de las aguas respecto de la tierra, a la ubicación del Océano, a la parte habitada de la tierra y a la medida de toda la tierra misma; pero aquí extralimitaría de mi tema estrictamente literario.

Por lo demás, Plinio, bajo pretendida discusión científica, repite, más o menos, las verdades y los errores de su tiempo. Ejemplo típico: el de aceptar la esfericidad de la tierra; pero no sabe decidir si ella sea habitable de una y de otra parte del ecuador: «*Neque enim deesse arbitror terris, aut non esse globi formam; sed inhabitabilia utrimque incomperta esse*» (II, 112).

En cuanto a la medida de la superficie terrestre, sigue los cálculos de Artemidoro, los cuales, en longitud, van desde el Ganges hasta las Columnas de Hércules, y en latitud, desde las orillas del océano Etiópico hasta el río Tanai o Don; más allá no llegaban los conocimientos de Plinio y de sus fuentes. (Cap. y lib. cit.)

Para la medida del círculo máximo de la tierra acepta los cálculos de Eratóstenes, que ya conocemos. Desde éste podemos salvar casi toda la edad media, en la que, según se ha visto, hubo más que una *stasis*, un verdadero retroceso de la ciencia cosmográfica, y nos detendremos en la obra poético-intelectual de Dante y Petrarca, los geniales despertadores de la cultura clásica y precursores inmediatos del grande y luminoso Renacimiento.

Cuando en un tema de esta índole se habla de Dante, se piensa, en seguida, en su soberbio episodio dedicado a Ulises en el canto XXVI del *Infierno*, considerado como una profecía del descubrimiento de América.

Durante este año del sexto centenario de la muerte del vate soberano, diarios y revistas de los dos mundos, y más especialmente aquí en el nuevo, han prestado particular atención a los conceptos de ese canto maravilloso.

Ricardo Rojas, en su brillante oración a Dante, al inaugurarse el 11 de junio próximo pasado, en el local de la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires, el curso de conferencias dantescas, bajo los auspicios del Centro cultural Latium, dedicó un pasaje notable a la ilustración del vaticinio dantesco de la prodigiosa y legendaria gesta de Ulises.

Por la *Odisea* se argumenta que el valiente y astuto héroe helénico pasó en su dominio de Itaca, en una completa paz doméstica y campestre, los últimos días de su vida.

Pero, en la edad posthomérica, la leyenda de Ulises empezó a transformarse, tanto en Grecia como en Roma.

Dante, quien no pudo leer la *Odisea*, encontró en Virgilio y particularmente en Ovidio (*Metamorfosis*, XIV, 154 y sig.) el germen y los fundamentos de la leyenda maravillosa, que en la edad media fué cada vez alterándose más.



Los dantistas Rafael Fornaciari (1) y Alejandro Chiappelli (2), han estudiado, erudita y acabadamente, esa leyenda en relación con el episodio dantesco.

En ese campo, Ricardo Rojas ha expresado ciertas ideas suyas, o, diríamos, de interpretación personal, pero que no responden a la verdad genuina del pensamiento de Dante. Es oportuno recordarlas y corregirlas. Rojas, entre otras cosas, dice lo siguiente :

«Todo induce a pensar que Dante imaginaba redonda la tierra. No se explican de otro modo algunas de sus referencias astronómicas, ni la forma de cono invertido que atribuyó a los subterráneos círculos del *Infierno* convergentes al centro de la esfera. Los mapas dantescos de Michelangelo Caetani, ya divulgados por la edición de Sansoni, hacen tangible aquella verdad.» Y a propósito de la *montaña* avistada por Ulises desde el Océano, agrega luego :

«Esa montaña que después de navegar cinco lunas por el Atlántico se le apareció borrosa y enorme a la distancia, era sin duda los Andes, entrevistos en la refracción mágica de un sueño ; pues no debemos olvidar que, con el poema dantesco, nos hallamos en el mundo profético de los sueños. La nueva tierra que apenas contemplaron, era, señores, la misma que Colón descubriría.»

Según nuestro eminente literato y poeta, pues, el concepto de la esfericidad de la tierra sería en Dante algo así como una lógica inducción, una verdad *tangente*, pero no una verdad indiscutible, un axioma, como realmente es.

Sin decir que la había aceptado de Aristóteles, y precisamente del libro segundo del tratado *Del Cielo y del Mundo*, por él citado varias veces en sus obras menores, cuando el poeta divino afirma categóricamente que, *Jerusalén* y la *Montaña del Purgatorio* — los dos puntos sagrados de la tierra — son antípodas, porque tienen el mismo horizonte astronómico, no hay inducción

(1) V. *Studi su Dante : Ulisse nella Divina Commedia*, páginas 102-118, Sansoni, Firenze, 1901.

(2) *Lectura Dantis, Inferno*, canto XXVI.

que valga para descubrir la verdad científica que relumbraba en la mente de Dante. El fenómeno recordado puede tener lugar solamente con un cuerpo esférico. Lo axiomático no se induce: es, se ve luminoso y no se discute.

He aquí los versos del poeta, propios del caso :

*E se'or sotto l'emisperio giunto  
ch'è contrapposto a quel che la gran secca  
coperchia, e sotto il cui colmo consunto  
fu l'Uom che nacque e visse senza pecca ;  
tu hai i piedi in su picciola spera,  
che l'altra faccia fa della Giudecca.  
Qui è da man, quando di là è sera :  
e questi, che ne fe' scala col pelo,  
fitto è ancora, sì come prim'era.  
Da questa parte cadde giù dal cielo :  
e la terra, che pria di qua si sporse,  
per paura di lui, fe' del mar velo,  
e venne all'emisperio nostro ; e forse  
per fuggir lui lasciò qui il loco voto  
quella che appar di qua, e su ricorse.*

(*Infierno*, XXXIV, 112-126.)

El pasaje, aparte de la fantasía bíblica sobre la caída de Lucifer, parece escrito después del viaje de circunnavegación de Magallanes y Sebastián de Elcano.

Dejando a los comentaristas las explicaciones del caso, he aquí otros dos pasajes considerados como definitivos respecto a la indiscutible evidencia de la verdad enunciada, según la mente de Dante :

A : *Già era il sole all'orizzonte giunto,  
lo cui meridian cerchio coperchia,  
Gerusalem col suo più alto punto, etc.*

(*Purgatorio*, II, 1-3.)

B : *Come ciò sia, se il vuoi poter pensare,  
dentro raccolto, imagina Sion  
con questo monte in su la terra stare,  
sì che ambedue hanno un solo orizzon  
e diversi emisperi, etc...*

(*Purgatorio*, IV, 67-71.)

Por lo visto, no queda lugar a dudas, ni a inducciones, ni a discusiones : para Dante, la esfericidad de la tierra era un axioma.

Hay más. Él no conocía sólo la doctrina, ya oportunamente citada, de Aristóteles sobre este tópico, sino también la de Cicerón en el *Somnium Scipionis*, tan divulgado en la misma edad media, y las concordantes ideas de Séneca y Plinio, igualmente reproducidas en su lugar.

Aceptó de su tiempo el concepto geocéntrico de *Jerusalén* para las tierras conocidas; y agregó, por su cuenta, para el hemisferio desconocido, el de la *Montaña del Purgatorio*; pero si no bastaran, a más de los pasajes transcritos, los múltiples testimonios del poema y todo el conjunto creativo y constructivo del segundo *Cántico*, nos vendrían en auxilio otros pasajes más terminantes aún, si fuere posible, por estar en prosa y en una prosa científica : la del *Convivio*.

Aquí no entra ni la poesía fantástica, ni las amplitudes ideológicas del simbolismo. Dante, llega a ocuparse de la medida del diámetro terrestre, la que, siguiendo a Alfargano, calcula en seis mil quinientas millas (*Convivio*, II, 14, y IV, 8), y con un procedimiento ingeniosísimo, fija también la de un meridiano. Ésta responde perfectamente a la relación entre el diámetro y la circunferencia, o sea de  $6500 \times 3.14 = 20.410$  millas (*Convivio*, II, 5).

La cifra dada se aproxima, en modo sorprendente, a la moderna verdad científica, como la de Eratóstenes en la antigüedad.

A la par de su idolatrado maestro intelectual, Aristóteles, en el libro segundo *Del Cielo y del Mundo*, y de Cicerón (*De Rep.*, VI, 18), admite la errónea creencia de que «esta tierra está fija y no se da vuelta, y que ella con el mar es centro del cielo» (*Convivio*, II, 5); pero ahí mismo la llama repetidas veces con el apelativo de *palla* (= bola o pelota). El sistema geocéntrico de Ptolomeo sobrevive en Dante.

El señor Rojas afirma, también, que la *montaña* aparecida al Ulises dantesco, después de cinco meses de navegación por el Océano, y con rumbo sudoeste, hasta haber pasado la línea ecuatorial, fuesen los *Andes*; pero, aun cuando esa asombrosa clarividencia profética pudiera lisonjear el amor propio de italianos

y americanos, la verdad no es esa para quien conoce todo el sistema imaginado por Dante respecto al mundo desconocido.

El divino poeta acepta, de algunos sabios antiguos, la creencia falsa, y asimismo muy divulgada, de que siendo la tierra redonda el hemisferio inferior estaría todo cubierto de agua y, por eso, deshabitado. Dante lo llama «*il mondo senza gente*» (*Infierno*, XXVI, 117); mas él, fundándose en algunos breves pasajes bíblicos sobre la caída de Lucifer desde el cielo a la tierra (*Isaías*, XIV, 12, 15; *Lucas*, X, 18; *Apocal.*, XII, 9; etc.), la determina y localiza en la parte de este hemisferio nuestro, y crea una fantástica y grandiosa ficción poética, propia de su genio plasmador de nuevas formas. Imagina, pues, el poeta, que la tierra, que en un principio ocupaba también gran parte de este hemisferio, se encogió, en este lado de la esfera, por terror al *Maldito* que caía, y se contrajo, huyendo por debajo de las aguas hacia el hemisferio superior, casi todo cubierto de tierra: *la gran secca* y la totalidad de las tierras emergidas, según Dante. El hecho imaginado se aproxima, aún hoy, mucho, si no en un todo, a la verdad geográfica.

La tierra abre paso a Lucifer y éste se precipita hasta el centro del globo, donde su cuerpo, ya monstruoso y gigantesco, queda suspendido por la ley de la gravitación universal, bien clara y definida en la mente del vate (*Infierno*, XXXIV, 111), mitad por mitad, entre uno y otro hemisferio.

Pero, toda la tierra interior que se hallaba al rededor de su tronco, en el otro hemisferio, al contacto de Lucifer se escapa horrorizada y a través del paso formado por su caída viene aquí, con ímpetu, a levantarse sobre la superficie del Océano, formando la isla del Purgatorio con su cónico «*monte che si leva più dall'onda*» (*Paraíso*, XXVI, 139) y «*che inverso il ciel più alto si dislaga*» (*Purgatorio*, III, 15).

El abismo, en forma de un cono invertido o de un inmenso embudo, que quedó vacío al rededor y por encima del cuerpo de Lucifer, constituyó el *Infierno*. La montaña del *Purgatorio* lo llenaría perfectamente, si pudiera tomarse entre manos y colocarse en la espantosa cárcel subterránea cubierta, como por un techo, por la costra terrestre.

La palabra potente del poeta, con el subsidio de su arte ma-

raviloso, nos ha presentado esa fantástica creación en los precitados versos del canto XXXIV del *Infierno*.

La verdad del sistema cosmográfico de Dante, no sólo relumbra luminosa por la exposición fiel de su pensamiento, sino también, en cuanto a la montaña en cuestión se refiere, por la forma inequívoca en que el mismo Dante nos amaestra.

La montaña «*bruna per la distanza*» (*Infierno*, XXVI, 133-134) que avistó Ulises desde el Océano pocos instantes antes de producirse la trágica muerte suya y de sus compañeros y que le pareció «*alta tanto, quanto veduta non n'avea alcuna*» (*Ib.*, 134-135), no es otra cosa que la montaña del *Purgatorio*, y en esto están ya de acuerdo los mejores comentaristas del poeta.

El concepto y las palabras del último verso citado tienen su ilustración y explicación exacta en los otros dos anteriormente también reproducidos, el 139 del canto XXVI del *Paraíso* y el 15 del canto III del *Purgatorio*.

Ni Ulises, ni ningún otro mortal habrá visto, ni podrá ver jamás, una montaña más alta que la del *Purgatorio* dantesco, puesto que ella se levanta tanto hacia el cielo como el *Infierno* es profundo : es la montaña más alta de la tierra, o sea, según los cálculos más aceptados en la topografía dantesca, la bagatela de unos cuatro mil kilómetros !

Conclusión : para Dante no hay otra tierra, en este hemisferio austral, que la isla sagrada del *Purgatorio* con su montaña, destinada exclusivamente para mansión transitoria de las almas purificantes :

*dove l'umano spirito si purga  
e di salire al ciel diventa degno.*

(*Purgatorio*, I, 5-6.)

El camino que conduce es *impervio* para los vivientes, y Ulises, cabalmente, por haberse atrevido a franquear las Columnas de Hércules contra la voluntad divina, no pudo más que discernir apenas y desde lejanísima distancia la *Montaña* fatal, pagando con su vida y la de sus compañeros la audaz empresa.

Dante pudo cumplir bien su místico viaje por su especial estado de gracia.

Y además, si él hubiese admitido la *perviabilidad* del camino

de su *Purgatorio*, entonces... ¡adiós encantos y atractivos misteriosos de toda su ficción poética! Todos habrían querido ir a comprobar *de visu* la realidad de la sugestiva fantasía.

Si pudiéramos ubicar en la realidad geográfica de nuestro planeta el país de las hadas, nadie escribiría aún cuentos de hadas, ni para los chicos, aunque muchos divierten también a los grandes.

Los cuentos y las creaciones más hermosas de las grandes epopeyas nos atraen y rodean de fantástico encanto mientras subsiste la distancia en el tiempo, o en el espacio, o, mejor todavía, una y otra juntas.

La posibilidad o la realización del contralor material produce el desencanto más vulgar entre los contemporáneos del poeta. El tiempo y la distancia tejen una maravillosa tela de infinitos colores, donde la fantasía humana halla todos los encantos de la ilusión y de la fascinación de la poesía, la que se desprende irresistible y llena de vida juvenil hasta de las ruinas ennegrecidas y caóticas de los antiguos monumentos, arcaes sublimes de la historia y de las civilizaciones más vetustas.

Dante, celoso de un gran secreto artístico, deja campo abierto a nuestra imaginación para localizar, con cierta aproximación y probabilidad, el sitio de la *selva oscura* y de la *puerta infernal* sobre la superficie de la tierra; pero si bien es cierto que su genio eminentemente plástico lo veía y localizaba en una región exactamente determinada, se guardó muy bien de dejar deslizar de su pluma una sola expresión inequívoca y precisa para saber nosotros, fuera de toda discusión, dónde, propiamente, hallaríamos la selva, el monte o colina, el camino de las tres fieras y la puerta del abismo.

Habiendo sido el propio Dante protagonista de su viaje extraordinario, nuestro hallazgo nos dejaría desencantados. Pudo Virgilio localizar e indicar claramente la ubicación de la entrada de Eneas al *Averno*, porque se trataba de un héroe y de un viaje legendarios, lejanos, en el tiempo, no menos de unos mil años.

Para concluir, en el caso especial del episodio del Ulises dantesco, podemos sentir en él, eso sí, el alma flotante de un mundo nuevo en vías de aparición. Como un presentimiento que ya late y se agita en la conciencia de los pueblos europeos del siglo XIV, el espíritu del descubrimiento de las tierras descono-



cidas aletea incansable por toda la obra de Dante y vivifica de sublime modernidad todo el episodio uliseo, culminante en la maravillosa aparición de la *montaña del Purgatorio*.

Los dantistas convienen todos en esa interpretación de una visión profética, puesto que el genio verdadero es profeta.

G. Carducci así lo afirmó en su soberbio estudio sobre *L'Opera di Dante* :

«... *Invenzione tutta di Dante, se non quanto ricorda antiche tradizioni, nella storia e nella poesia, di terre ignote e disperse, e freschi presentimenti, nelle navigazioni italiane, di terre nuove e da scoprire, è il monte del purgatorio, che si dislaga dall'emisferio delle acque agile e diritto verso il cielo* (1).»

Y Alejandro Chiappelli, con su palabra tan autorizada en cuestiones dantescas, al ilustrar el *canto de Ulises* confirma lo que hoy admite todo estudioso del sumo vate :

«*La simbolica montagna bruna diviene ad un tratto nel verso dantesco la nuova terra, come un alito di nuovi tempi, e vi si pre-nunzia, se anche in forma di vago presentimento, quello spirito d'esplorazione, onde colla scoperta del nuovo mondo s'apriranno nuove vie alla civiltà* (2).»

Termino estas divagaciones con unas notas breves sobre la obra de Francisco Petrarca con relación a los antecedentes clásicos inmediatos en el desarrollo de la visión colombiana.

En el poeta del *Canzoniere*, padre verdadero del Renacimiento, la conciencia profética del nuevo mundo se humaniza rápidamente y se reanuda con la tradición clásica grecolatina en forma de íntima y familiar comunión de espíritu.

La tétrica discontinuidad de la edad media ha sido ya del todo sobrepujada. El culto amoroso y apasionado del clasicismo y de la belleza artística de las formas, con Petrarca se refina y perfecciona, a la par que se ensancha en el campo del conocimiento directo de los grandes escritores de la madre Roma. Su latín, aunque frondoso y retórico, es mucho más elegante y rico que el de Dante.

(1) *Prose di G. Carducci*, edición Zanichelli, 1905, volumen único, página 1155.

(2) V. *Lectura Dantis*, Il canto XXVI dell'*Inferno*, página 28.

Pues bien, el cantor de *Madonna Laura* no sólo admite como un hecho, ya indiscutible, la redondez de la tierra, sino que, con Virgilio y Cicerón, cree también — una vez con fe segura, y otra con la duda — en la habitabilidad del hemisferio austral.

En uno de los primeros sonetos del *Canzoniere*, dice de Dios «*che criò questo e quell'altro emispero*» (IV, 3).

Y en la primera *sestina* se leen dos versos, los cuales más que de vaticinio, tienen la luz de una revelación :

*Quando la sera scaccia il chiaro giorno  
e le tenebre nostre altrui fanno alba, etc.*

(St. III, 1-2.)

Con la palabra *altrui* el poeta se refiere claramente a los antípodas, sin duda alguna.

El mismo concepto — en forma menos científicamente eficaz, pero mucho más fantástica, según la concepción clásica de la poesía — se repite en el poema *De Africa* :

*Pronus ad Oceanum, cupiens narrare profundis  
Antipodum populis nostro quae viderat orbe,  
Sol rapidus stimulabat equos...*

(VIII, 1-3.)

Aún en los modernos, que no sentimos más intensamente — pudiéndola asimismo gustar — la poesía esencialmente mitológica, no deja de producir una honda y agradable impresión la representación fantástica de ese Sol animado y animador, que, pendiendo sobre el océano, en el extremo occidente, estimula, incansable, sus caballos de fuego, deseoso de contar a los lejanos y desconocidos pueblos del hemisferio austral las cosas vistas en el viejo orbe del septentrión.

Un testimonio más del mismo Petrarca nos demuestra cuán persistente fué en este poeta humanista la preocupación y el sentimiento augural de la habitabilidad del mundo hasta entonces desconocido :

*Ne la stagion che'l ciel rapido inchina  
verso occidente, e che'l dì nostro vola  
a gente che di là forse l'aspetta, etc.*

(Canción IV, St., I, 1-3.)

Expresa dudando lo que en otra parte había dicho, según se ha visto, en tono afirmativo; pero yo acepto como genial el juicio de Giacomó Leopardi, cuando, al recordar estos versos de Petrarca, en la segunda anotación a su propia *Canzone ad Angelo Mai*, escribe :

«... *Quel forse, che oggi non si potrebbe dire, fu sommamente poetico, perchè dava facoltà al lettore di rappresentarsi quella gente sconosciuta a suo modo, o di averla in tutto per favolosa : donde si dee credere che, leggendo questi versi, nascessero di quelle concezioni vaghe e indeterminate, che sono effetto principalissimo ed essenziale delle bellezze poetiche, anzi di tutte le maggiori bellezze del mondo.*»

De todas maneras, no olvidemos que Petrarca expresaba en poesía esas ideas entre 1330 y 1350, y que él era el despertador entusiasta, casi fanático, el cruzado del culto de la antigüedad clásica. Su voz es el eco de la voz de los sabios y poetas del Lacio, y con ellos y con los griegos no duda de la existencia de este nuestro hemisferio, pero sí de la de sus habitantes.

Además, en todos los versos precitados es evidente el recuerdo y la inspiración virgiliana de las *Geórgicas* en un pasaje ya conocido por nuestros lectores.

No nos consta que Colón, más de un siglo posterior a ese florecimiento literario-poético-neolatino, haya tenido noticia directa o indirecta de la *Divina Commedia* de Dante y del *Canzoniere* de Petrarca. Pero no importa : bástenos saber que el gran genovés fué el último profeta y el más prodigioso actor de la gesta del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Ningún acontecimiento extraordinario se ha producido o realizado jamás de improviso; pero sí, en un momento psicológico e histórico oportuno, se ha revelado siempre algún hombre de genio, que ha interpretado, fecundado y convertido en hecho, fulgurante de luz y de verdad, el misterio latente en la conciencia de uno o más pueblos de la tierra.

ÁNGEL LICITRA.